



Noviembre 1520- Marzo 1521.

A través del Océano Pacífico.



Nunca se supo cómo exactamente dieron aquellos hombres con la salida del estrecho navegando por esos pasos tortuosos. Ninguna de las versiones existentes ha sido históricamente constatada. Pero el día 27 de noviembre, veintiséis días después de empezar a cruzar el estrecho, la expedición, convertida en un grupo de tan sólo tres naves, se encontraba en mar abierto. Magallanes no acertó a comprender que había descubierto el Pacífico hasta varias semanas después.

Esto explica por qué el 8 de diciembre tuvieron a la vista Chile y no quiso tocar tierra en esta zona que quedaría sin ser explorada hasta treinta años más tarde. En ese momento, el capitán decide dejar de navegar cerca de la costa y adentrarse en el océano sin saber lo que le iba a costar haber pasado por esas tierras sin tomar provisiones, adentrándose en la mayor extensión de agua del Planeta.

En los primeros momentos cree que ha llegado al Índico y navegan esperanzados, pensando que se acercan a las Molucas y que se han despedido para siempre de los malos momentos, de los paisajes de hielo, de las bahías laberínticas.

Pero al igual que Colón, Magallanes se equivocó pensando que la Tierra era mucho más pequeña de lo que es en realidad. Poco a poco, observando el tiempo de viaje recorrido y la extensión de agua que tenía por delante, se fue dando cuenta que era nuevo mar, como ellos le llamaban. El buen tiempo y las aguas tranquilas hicieron que lo bautizaran con el nombre de Pacífico.

El Pacífico es un edén de islas y playas de arenas inmejorables, y aguas de azules o verdes casi infinitos. Recorrerlo, navegarlo, bucearlo es un placer... Pero a la expedición de Magallanes no debió parecerle precisamente un paraíso. Tuvieron mala suerte en cuanto al avistamiento de Tierra. Las pequeñas islas con las que se encontraban eran atolones solitarios a los que ni siquiera podían acercarse sin encallar, como las que ellos denominaron isla de Puka Puka e Isla de los Tiburones.

El primer enemigo que les acecha es el hambre. Pero les acompañan también el calor, la soledad, la rutina del día a día en ese mar inmenso por el que navegan. En esos días mueren veinte hombres y cuarenta agonizan. Los hombres comen cuero remojado en agua salada y ratas, llegando a acordar grandes sumas, una vez cobrada la parte de riqueza que suponen les proporcionarán las Molucas, a cambio de un bocado de rata. Y si la dieta era terriblemente mala, peor fue su consecuencia: aparece el escorbuto. Una enfermedad terrible que hincha las encías y produce terribles dolores. Hambre, dolor, muertes, rutina y mar.

Así lo narró Pigafetta en su crónica...

Miércoles 28 de noviembre, desembocamos por el Estrecho para entrar en el gran mar, al que dimos en seguida el nombre de Pacífico, y en el cual navegamos durante el espacio de tres meses y veinte días, sin probar ni un alimento fresco. El bizcocho que comíamos ya no era pan, sino un polvo mezclado de gusanos que habían devorado toda su sustancia, y que además tenía un hedor insoportable por hallarse impregnado de orines de rata. El agua que nos veíamos obligados a beber estaba igualmente podrida y hedionda. Para no morirnos de hambre, nos vimos aun obligados a comer pedazos de cuero de vaca con que se había forrado la gran verga para evitar que la madera destruyera las cuerdas. Este cuero, siempre expuesto al agua, al sol y a los vientos, estaba tan duro que era necesario sumergirlo durante cuatro o cinco días en el mar para ablandarlo un poco; para comerlo lo poníamos en seguida sobre las brasas. A menudo aun estábamos reducidos a alimentarnos de serrín, y hasta las ratas, tan repelentes para el hombre, habían llegado a ser un alimento tan delicado que se pagaba medio ducado por cada una.

Sin embargo, esto no era todo. Nuestra mayor desgracia era vernos atacados de una especie de enfermedad que hacía hincharse las encías hasta el extremo de sobrepasar los dientes en ambas mandíbulas, haciendo que los enfermos no pudiesen tomar ningún alimento. De éstos murieron diecinueve y entre ellos el gigante patagón y un brasilero que conducíamos con nosotros. Además de los muertos, teníamos veinticinco marineros enfermos que sufrían dolores en los brazos, en las piernas y en algunas otras partes del cuerpo, pero que al fin sanaron. Por lo que toca a mí, no puedo agradecer bastante a Dios que durante este tiempo y en medio de tantos enfermos no haya experimentado la menor dolencia.

Durante este lapso de tres meses y veinte días, recorrimos más o menos cuatro mil leguas en este mar, que llamamos Pacífico porque durante todo el curso de nuestra travesía no experimentamos tormenta alguna. Tampoco descubrimos durante este tiempo ninguna tierra, a excepción de dos islas desiertas, en las cuales no

hallamos más que pájaros y árboles, y por esta razón las designamos con el nombre de islas Infortunadas. No encontramos fondo a lo largo de sus costas y sólo vimos algunos tiburones. Están a doscientas leguas la una de la otra, la primera por el grado quince de latitud meridional, y la segunda por el 9°. Según la estela de nuestra nave, que medíamos por medio de la cadena de popa, recomamos cada día de sesenta a setenta leguas; y si Dios y su Santa Madre no nos hubiesen favorecido con una navegación feliz, habríamos todos perecido de hambre en un mar tan dilatado. No pienso que nadie en el porvenir ha de querer emprender semejante viaje.

El polo Antártico no goza de las mismas constelaciones que el Ártico, viéndose en él dos grupos de pequeñas estrellas nebulosas que parecen nubecillas, a poca distancia uno de otro. En medio de estos grupos de pequeñas estrellas se descubren dos muy grandes y brillantes, cuyo movimiento es poco aparente; indican el polo Antártico. Aunque la aguja imantada declinaba un poco del norte verdadero, sin embargo se volvía siempre al polo Ártico, pero sin obrar con tanta fuerza como cuando se dirige a su propio polo. Cuando estuvimos en alta mar, el comandante en jefe indicó a todos los pilotos el punto a que debían ir, preguntándoles qué camino marcaban sobre sus cartas, y contestándole todos que seguían el que les tenía ordenado, les replicó que iban errados y que era preciso corregir la aguja, porque hallándose en el sur, no tenía tanta fuerza para buscar el verdadero norte como cuando estaba del lado del norte mismo. Hallándonos en el medio del mar, descubrimos hacia el oeste cinco estrellas muy brillantes colocadas exactamente en forma de cruz. Navegamos entre el oeste y el noroeste cuarta de noroeste, hasta que llegamos bajo la línea equinoccial, a ciento veintidós grados de longitud de la línea de demarcación [*se refiera a la línea que se marcó en el Tratado de Tordesillas, delimitando los derechos y posesiones españolas y portuguesas*], que está a treinta grados al oeste del primer meridiano, y éste a tres grados al oeste de Cabo Verde.

En el curso de nuestra ruta costeamos dos islas muy elevadas, situada la una hacia el grado 20° de latitud meridional y la otra hacia el 15°: la primera se llama Cipango, y la segunda Sumbdit-Pradit. Después que hubimos pasado la línea, navegamos entre el oeste y el noroeste cuarta oeste. En seguida corrimos doscientas leguas al oeste; después de lo cual cambiamos de nuevo de dirección, corriendo a cuarta de sudoeste, hasta que nos hallamos por el grado 13° de latitud septentrional.